

**Al encuentro con el ser:
Algunos caminos del pensamiento de María Zambrano para entender la educación**

Ana Olivares Muñoz Ledo
Facultad de Filosofía y Letras - Universidad Nacional Autónoma de México
ana.olivaresml@gmail.com

Resumen:

Adentrarse en el pensamiento de María Zambrano es una tarea compleja pues rápidamente damos cuenta de la multiplicidad de sus ideas. La filósofa ha recorrido diversas vías de reflexión filosófica, cada una de las cuales da respuesta y parte de una sola preocupación: la condición humana y su quehacer. Es necesario hablar de vías pues veremos que, para Zambrano, no se trata de una sistematización filosófica, sino de caminos que se van abriendo en un juego entre la duda y el descubrimiento. ¿Qué significa preguntarse por la condición del hombre? Para Zambrano, el ser humano se encuentra en un problema ontológico: llega a la vida sin su ser y sin ser. En este sentido, tomaremos el juego dialéctico entre ser y no-ser como argumento principal para reflexionar las implicaciones educativas que de ello pueden llegar a desprenderse. Veremos que la filosofía y el acto de filosofar son actividades *educativas* en el pensamiento zambraniano. Cuando decimos que la filosofía nos educa y nos da la posibilidad de existir, significa que ponemos la acción educativa en un lugar vital en tanto que no se puede vivir si no logramos el encuentro con el ser.

Palabras clave: María Zambrano, ontología, filosofía educativa, experiencia, encuentro

Resumo:

Mergulhar no pensamento de María Zambrano é uma tarefa complexa, pois rapidamente percebemos a multiplicidade de suas ideias. A filósofa percorreu vários caminhos de reflexão filosófica, cada um dos quais responde e parte de uma única preocupação: a condição humana e seu trabalho. É preciso falar de caminhos porque veremos que, para Zambrano, não se trata de uma sistematização filosófica, mas sim de caminhos que se abrem num jogo entre a dúvida e a descoberta. O que significa questionar sobre a condição do homem? Para Zambrano, o ser humano se encontra em um problema ontológico: ele ganha vida sem seu ser e sem ser. Nesse sentido, tomaremos o jogo dialéctico entre ser e não-ser como principal argumento para refletir sobre as implicações educacionais que dele podem advir. Veremos que a filosofia e o ato de filosofar são atividades educacionais no pensamento zambraniano. Quando dizemos que a filosofia nos educa e nos dá a possibilidade de existir, significa que colocamos a ação educativa em um lugar vital, pois ela não pode ser vivida se não alcançarmos o encontro com o ser.

Palavras-chave: María Zambrano, ontologia, filosofia educacional (da educação), experiência, encontro

Abstract:

To enter the work and thought of María Zambrano is a complex problem; as soon as we approach it, we can notice the multiplicity of her ideas. The Spanish philosopher has explored various paths of philosophic thought; however, each of them is looking for answers to the same concern: the human condition, its tasks and interpretations. We will see that it is necessary to mention paths in plural, because Zambrano doesn't think the human condition can be systematized into a philosophical structure rather, she invites her readers to think of trails that open up shifting between doubt and discovery. What does it mean to ponder on the human condition? For María Zambrano, human beings are in an ontological problem: they arrive to life without their self and without being (in Spanish, it is noticeable that these words are concentrated in one: ser). In this sense, we will take this dialectic oscillation, between being and not being, as our principal argument to think and reflect upon the probable educational implications. We will see that philosophy and to philosophize are educational activities for Zambrano. When we say that philosophy educates us, it is because she gives us the possibility of existence. This means that this educational activity must be put in a vital place because we are not able to live and exist if we do not manage to encounter or meet with our own self.

Keywords: María Zambrano, ontology, educational philosophy, experience, encounter

Introducción

El agua siempre se mueve: sea en un río o en un charco, se resiste a quedarse quieta. En ocasiones, se mueve grácilmente como las gotas del rocío y en otras, con una ferocidad que arrasa y destruye. El agua crea cauces, lleva consigo a la vida y la va dando por donde sea que pase. Nuestro quehacer en el mundo es como el agua: delicado, feroz y creativo. Cada movimiento fina y delicadamente entrelazado. De hecho, los antiguos japoneses se refieren a esto bajo un principio: *musubi* (Philipi, 1968). Desde el shintoísmo, se habla de múltiples uniones entre las personas, la divinidad y la naturaleza. Comúnmente se usa la metáfora de un tejido que constantemente se hace, deshace y enreda, pero que, a final de cuentas, se une a través del tiempo y nos recuerda quiénes hemos sido y seremos. De manera similar, al preguntarnos por «lo educativo», podemos imaginar un tejido que une diferentes perspectivas y tradiciones. Aún más si nos situamos en el pensamiento de la filósofa que inspira este trabajo, María Zambrano, quien argumenta la búsqueda de lo humano – en tanto ser histórico - como una forma de educarse.

Musubi en primer lugar se refiere a las divinidades de la creación y en segundo a un nudo. El “lazo” que intento resaltar en este trabajo es el vínculo entre filosofía y educación desde el pensamiento de María Zambrano, filósofa española del siglo XX. Sin embargo, nos enfrentamos a un problema interpretativo. A pesar de que Zambrano esboza qué entiende por la unión entre filosofía y educación realmente no profundizó en el tema. Una lectura más profunda nos deja ver que este *musubi* es una parte implícita pero fundamental en la obra de Zambrano.

Si bien los antiguos japoneses no son objeto de este trabajo, la exploración de latitudes lejanas nos permite reflexionar en torno a territorios familiares. *Musubi* nos ayuda a adentrarnos en la vitalidad que hay detrás de las palabras filosofía y educación. Esto es porque implica hablar de aquello que nos hace humanos, los vericuetos que se toman en pos de lograr esta encomienda y, finalmente, cómo compartimos dicha humanidad. Estas palabras nos adelantan hacia las conclusiones. Por el momento, es suficiente decir que el binomio filosofía y educación parece un enigma, ¿qué nos dice y qué esconde el nexa “y”? ¿hay un orden o jerarquía? El método, en su acepción griega de camino tal como lo retoma Zambrano, comienza a formarse: es necesario desentrañar los significados detrás de las palabras filosofía y posteriormente educación, en este entramado es posible encontrar una respuesta.

Para Zambrano, la filosofía no tiene razón de ser si el ser humano que la recibe no se ve transformado por ella. La filosofía en su forma más sistemática ha perdido, hasta cierto punto, su cometido original que era el de acompañar al ser humano en vías de crear a su ser, en vías de hacerse. Según Zambrano, debido a esto “entramos en lo más lamentable de la cultura moderna. Y en su falta de transformación del conocimiento puro en conocimiento activo que alimente la vida del hombre que lo necesita” (Zambrano, 1987, p. 74). Recuperar el sentido de la filosofía implica comprender la naturaleza del ser humano que necesita de ella. Entonces la filosofía se convierte en un camino que nos educa en tanto que nos permite crear nuestra humanidad.

Sin embargo, esto no siempre fue así. Zambrano señala que la invención de la filosofía occidental se dio cuando Parménides, Anaximandro y Tales comenzaron a preguntarse por la existencia de las cosas. El ser humano se desprendió de la naturaleza y de la divinidad, es decir, de aquello con lo que se identificaba. Por esto fue necesaria la invención de un método y una actitud que le permitiera construir su lugar en el cosmos. En este sentido, la “naturaleza” del ser humano comenzó a formarse, como una postura ante la realidad. Zambrano ahonda en esto diciendo: “para la percepción de la realidad existe una disposición para la realidad en el ser humano [...] una necesidad que es vocación, es decir: necesidad total; vocación en virtud de la cual se pueden cumplir únicamente las posibilidades del ser humano” (Zambrano, 2007, p. 141). Tal parece ser que se trata de la única forma de vivir humanamente. Esto nos podría sugerir que cada ser humano y cada cultura crea una filosofía que define su sentido de humanidad en un particular momento histórico.

El exilio

Para María Zambrano la soledad inicial del ser humano va más allá del momento histórico y filosófico. Adquiere un cariz personal dado que ella tuvo que exiliarse debido a la Guerra Civil Española en 1939. Zambrano guarda la esperanza de que la filosofía le permitirá la reconstrucción de su lugar en el mundo. Esta falta de lugar y de convicciones se va acuñando en el pensamiento zambraniano bajo el término de exilio. Cabe aclarar que dicho término no es una imposibilidad de existir, sino de pertenecer a un lugar. Sin embargo, el exilio en sí mismo no es transformador. Se trata más bien de lo que el ser humano hace con ello. En la India hay un canto particular (*rag desh*) para invocar a la lluvia pues a pesar de tener épocas de monzones catastróficos, también hay largos periodos de sequía. El agua siempre se buscará porque

sustenta a la vida. De manera similar, el ser humano en el exilio clama a la filosofía como un terreno árido al agua. Es el lugar donde a uno, en tanto sujeto, le suceden las experiencias de la vida y sus padecimientos. Los cuales nos permiten percatarnos del juego entre la extrañeza y la familiaridad de habitar un espacio.

Zambrano se pregunta si el exilio representa una revelación para los no-exiliados. Así dice: “el exiliado revela sin saber, y cuando sabe, mira y calla. Se calla, se refugia en el silencio necesitando al fin refugiarse en algo adentrarse en algo. Y es que anda fuera de sí al andar sin patria ni casa” (Zambrano, 1990, p. 33). ¿Acaso el exiliado busca un hogar? La respuesta sencilla es no, la patria perdida no se volverá a encontrar, pero el ser humano puede y tiene que recrearse. El exilio es una suerte de *epojé* (Lizaola, 2008, p. 76), como Julieta Lizaola comenta, en donde el tiempo y el juicio se suspenden para cumplir con tal fin. Aquí hay dos momentos propiamente educativos. El primero sería la metamorfosis por la que el exiliado tiene que pasar, como nos dice la filósofa, “¿y no sería que el humano vivir por lo mismo que ha de acabar de hacerse a sí mismo exija, a veces implacablemente, una o varias metamorfosis, cambios de estado, cambio de ser?” (Zambrano, 2009, p. 116). El segundo, como decíamos al principio, es cuando el exiliado se encuentra en condiciones de comunicar sus experiencias y, al hacer esto, se comparte lo humano de sus hallazgos.

¿Podremos obtener las coordenadas del exilio? Si bien Zambrano se desplazó físicamente de país, ella señala que “tales viajes del ser, algunos de ellos sin cambiar apenas de lugar al sujeto, sin arrancarle de su puesto en el mundo cotidiano, han convertido a quienes los han realizado en otras criaturas diversas de lo que antes eran: les han metamorfoseado” (Zambrano, 2009, p. 116). No obstante, esto ocurre mientras seguimos enlazados con la tierra, pues esta nos sigue sosteniendo por más adversa que sea la situación. Una parte de la travesía del exiliado es percatarse de esto. Lo podemos ver en uno de los pasajes más poéticos:

Pero el hombre está, vive sobre la tierra. En ciertas épocas se olvida de ello, quiere olvidar esta condición inexorable de su existencia; estar sobre la tierra en tratos con un mundo sensible del que no puede evadirse, tal vez por ventura. Cuando todo ha fallado, cuando todas aquellas realidades firmes que sostenían su vida, han sido disueltas en su conciencia, [...] la nostalgia de la tierra le avisa de que aún existe algo que no se niega a sostenerle (Zambrano, 1993, p. 33).

Es decir, a pesar de que las estructuras que le daban sentido a la vida se desmoronen, no se pone en tela de juicio que seguimos sobre la tierra. La cuestión es recordar quiénes hemos sido y seremos sobre la tierra. Ser persona es encontrar la significación más allá de la destrucción de las estructuras más sólidas: lo familiar y lo habitual. Lo bello del exilio estriba en que es un proceso a través del cual, comprender lo otro y la armonía que se teje entre sí, significa comprenderse. Sin este extrañamiento nunca sabría que la unidad en efecto era ficticia, tal como lo comenta Maillard (1992): “la extrañeza es una de las formas del des-entrañamiento. El que se extraña ha sacado de sí la realidad, la de fuera y la suya propia, se ha vuelto extraño a ella y empieza a padecer su falta de unidad” (p. 33). Quizá ahora parezca que nos hemos distanciado mucho de nuestro cometido original, que era desmenuzar el concepto de filosofía desde Zambrano, pero no es así. Esto se debe a que solamente en el exilio la filosofía tiene sentido, ahí es donde el cuestionamiento de la realidad surge.

La razón poética

La filosofía en su sistematización ha dejado de acompañar al ser humano y por esto Zambrano propone otra vía filosófica. El pensamiento zambraniano es esperanzador porque plantea alternativas para entender a la realidad humana. Más allá de hablar sobre la crisis social, cultural, política y filosófica, Zambrano se preocupa por el método para aproximarnos a dichos problemas. En este sentido, Greta Rivara (2006) agrega que la filosofía de Zambrano “se erigió como ímpetu de hacer brotar alternativas o cuando menos la esperanza de seguir pensando sin dar la espalda a esa historia que nos constituye y desde la cual pensamos” (p. 11). En *Filosofía y poesía*, la filósofa malagueña argumenta que las preguntas son filosóficas pero las respuestas poéticas. Los hallazgos necesariamente son interpretativos y, para Zambrano, significa crear. De aquí desarrolló la alternativa filosófica que conforma su obra, es decir, la razón poética. El nombre no es gratuito. La razón sigue siendo parte de la forma de pensar del ser humano, sin embargo, ella apunta a que su naturaleza cambie.

La unión que guarda el ser humano con lo otro (naturaleza y divinidad) es poética en tanto que se crea. En *Hacia un saber del alma* (1987), ella comenta, “el alma se buscaba a sí misma en la poesía, en la expresión poética. A través de la naturaleza enfurecida se buscaba a sí misma. «Los abismos insondables», «las simas sin fin», «las tempestades fragorosas», eran sus propios abismos, sus propias tempestades, entenebrecidos por el abandono de la luz de la razón” (p.26). Lo que moverá al ser humano, a final de cuentas, es la esperanza de encontrarse



(quizá catárticamente) en el enigma de la realidad que se le presenta. Cuando hablábamos acerca del método como el camino que se toma, el vivir humanamente, Maillard (1992) lo expone de una manera puntual:

El método de la razón poética es en sí la propia acción vital del ser humano en vías de realización de su ser, la personal actitud de la conciencia dirigida al descubrimiento de su enigma. La razón-poética es, en definitiva, el propio hacer del hombre haciéndose a sí mismo, es razón *poiética*, razón creadora. (p. 32)

Cuando hablamos de caminos, no nos referimos necesariamente a la vía que se transita de manera habitual. Sino que se trata de unas huellas que se vuelven pasos marcados en la tierra hasta que finalmente comienza a notarse la línea en la distancia. Para Zambrano, en esto constituye el encuentro con lo humano y la creación de la identidad. En ocasiones se trata de un camino que recorre una cultura entera. La mayoría de las veces es un camino solitario. Sin embargo, no significa que no se compartan los descubrimientos. Parece ser que el escribir los hallazgos filosófico-poéticos y compartirlos mediante la metáfora es la acción educativa que deviene de esta manera de filosofar.

Esta idea la vemos en “Filosofía y educación: la realidad”, uno de los pocos artículos en los cuales Zambrano aborda el problema de la educación puntualmente. La idea central la vemos cuando nos dice, “el pensamiento filosófico [actual] no ofrece ninguna pedagogía” (Zambrano, 2007, p. 149) e incluso agrega que nos encontramos en el “polo opuesto [...] al positivo ofrecido por la filosofía griega, que era ya en sí misma educativa, formativa”. A lo largo de la obra de Zambrano vemos una necesidad de repensar y retomar a los griegos como el ideal de la humanidad. Un momento de la historia en el que la filosofía teje una unión indisoluble con la experiencia humana. Maillard lo pone en otras palabras. Similar a lo que hemos hablado, nos dice que, para Zambrano, a la filosofía le corresponde poder llevar al hombre hacia el umbral del encuentro con su ser, “La Filosofía es entonces educación: conducción, método para el caminante” (Maillard, 1992, p. 22). En este sentido, no es cualquier filosofía en su estado más sistematizado la que puede ser educativa. Se trata solamente de aquellas que son caminos de vida. Como el agua de un río, siempre en movimiento, siempre vital.

Educación

Decir que la filosofía es educativa, me parece, no es suficiente para dar por terminada la investigación en torno al *musubi* que une a la filosofía con la educación. Considero que no se trata de una relación causal, sino de hilos distintos, los cuales, al tejerse, establecen uno de los múltiples sentidos de la vida humana. En este sentido, ¿qué entiende Zambrano por educar? Esta pregunta nos hace regresar a la idea del exilio. Si bien no todos pasan por el exilio, la acción educativa que quiero rescatar y en la cual Zambrano ahonda más, es el momento en el que el exiliado da cuenta de sus vivencias a través de la creación de metáforas más allá de las experiencias en sí mismas. Todo esto con el objeto de provocar la transformación del que lo lee o escucha, en otras palabras, educar a través de la metáfora. De tal manera, decir que uno se encuentra con su humanidad es metafórico en sí mismo. Lo «humano» necesariamente se tiene que vivir para poder ser comprendido, la palabra escrita señala los caminos.

Las metáforas, desde la perspectiva de la filósofa malagueña, están en nuestro hablar cotidiano, en la literatura y la poesía. Sin embargo, no todas poseen la fuerza necesaria para ser la base que le da sentido a una cultura o forma de ver el mundo. Zambrano define a la metáfora como, “manera de presentación de una realidad que no puede hacerlo de modo directo; presencia de lo que no puede expresarse directamente, ni alcanzar con lo inefable, única forma en que ciertas realidades pueden hacerse visibles a los torpes ojos humanos” (Zambrano, 1987, p. 60). La razón-poética, es decir, el filosofar, según Zambrano, invita a que se preste atención a la creación de metáforas como formas de conocimiento. Es importante añadir que la metáfora como lo planeta Maillard (1992), al hacer un rastreo histórico del concepto, es un instrumento adecuado para traspasar las fronteras literales del lenguaje. Para Zambrano, el ser humano, en este juego metafórico, logra identificarse con aquello que le rodea. Deja de ser la luz de la razón que alumbraba lo que *hay*, sino que, al conocerse se percata de que él mismo es un reflejo de las experiencias que le suceden.

La metáfora es un medio y fin en sí misma puesto que guía y orienta al que la recibe hacia el encuentro con su ser. Si bien el encuentro con el ser es transformador, el camino figura una parte importante en la creación de la persona. Quizá las culturas que más comprenden esto como una forma de vida son las asiáticas. Por ejemplo, podemos verlo en el budismo zen. Para llegar al momento de «darse cuenta», llamado en japonés *satori*, sin duda puede tomar una vida entera. No se planea, no se controla, sin embargo, sí se sigue un camino de vida (método) en

pos de que ocurra. María Zambrano (1987) comenta acerca de esta forma de educar puntualmente:

Este último estilo de filosofar que ha pretendido con mesurada modestia *sugerir*, *incitar*, cosa que le venía posiblemente del influjo pedagógico¹, no siempre sano, pero en esto prudente y cauteloso: pues la experiencia irrenunciable se transmite únicamente al ser revivida, no aprendida. Y la verdad, la que la vida necesita, sólo es la que en ella renace y revive la que es capaz de renacer cuantas veces como sea necesitada. (p. 86)

Con esta frase comienza el final del camino pues en ella se vislumbra el fino tejido del *musubi* que nos ha entretenido durante este escrito. Me parece importante resaltar que Zambrano distingue entre aprender y vivir como dos acciones diferentes de educar. Al poner la vivencia por arriba del aprendizaje, el vínculo entre filosofía y educación se vuelve indispensable. La creación del ser humano, a través de la metáfora de aquella “experiencia irrenunciable” se da en la vida misma y no a través del influjo pedagógico (didáctico). Entonces, las metáforas educan en tanto señalan, en los límites del lenguaje, una interpretación posible de la totalidad.

Nos queda preguntarnos acerca del entorno en donde ocurre esta metamorfosis. Resulta complejo decir que es un camino solitario. Si bien depende de cada uno cuándo y cómo se da dicho encuentro, el camino preparatorio es hecho en comunidad. La lectura o escucha de metáforas viejas o presentes implica un diálogo. Acerca de esto Zambrano dice: “ya que es por un específico silencio que llevan consigo las palabras surgidas del saber que no acaba de serlo, del saber que busca a otra mente, a otra presencia, del saber que se busca a sí mismo en comunidad” (Zambrano, 2007, p. 139). En este sentido, la comunidad se puede dar en diferentes momentos. La palabra escrita hace siglos o el saber conservado oralmente, al ser traídos al presente crean una comunidad entre el lector y el texto, un diálogo. Las metáforas tienen una suerte de prospectiva, aguardan a establecer diálogos en diferentes épocas y maneras.

Después de ubicarnos en la comunidad, surge una última inquietud: ¿quién es el educador?, ¿qué hace? Pareciera ser que, si las metáforas son las educadoras, la pregunta por el educador, o bien, el maestro carece de sentido. Sin embargo, esto no es así. El maestro en sí mismo lleva a cabo una tarea metafórica al acompañar la creación de una persona en comunión.

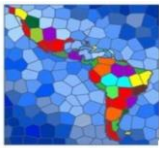
¹ Por “pedagógico” se entiende didáctico.

Él se ve llamado por una vocación, a acompañar y compartir *su* significado de lo humano. La tarea del educador es reconocer en el otro su singularidad, “y dentro del cual alienta la persona cuyos límites no pueden ser trazados de antemano sino simplemente situándola dentro de la condición humana, pero nada más. Pues que toda humana persona es ante todo una promesa” (Zambrano, 2007, p. 101). El juego que se da entre quien guía y quien percibe la realidad, mantiene a la metáfora viva y en constante resignificación. Las metáforas son como un caleidoscopio. Los elementos de la realidad están para que el ser humano les dé un sentido diferente según el lugar de donde está mirando. El pensamiento de Zambrano puede entenderse como humanista. ¿En qué sentido? Se trata de pensarnos en comunidad con nuestro entorno. Las metáforas nos llevan a los linderos del lenguaje, ahí donde lo inefable ocurre. En este sentido, lo humano que ha sido tan mencionado a lo largo de este trabajo se encuentra en el reflejo de nosotros mismos, en el movimiento incesante del mar, el cielo estrellado y en el vínculo entre los seres vivos. Es por esto que la educación, en tanto sea a través de metáforas, es caleidoscópica. Para cada posibilidad de darse sentido hay una propuesta de camino a recorrer, es decir, una forma de educarse, por esto mismo la discusión sobre el ideal de ser humano se relativiza. El mundo se vuelve un tejido enorme con diferentes formas de hilar el *musubi* entre filosofía y educación. María Zambrano nos habla de un método, que, como hemos dicho, es el camino. Sin embargo, es una indicación en el sentido de que solamente saliendo al encuentro con el ser se puede entender la propuesta zambraniana.

A manera de conclusión

Como una pieza musical, este escrito llega a su fin. Al prepararme para la coda, una última reflexión surge a partir del tema principal. La unión entre filosofía y educación se puede explorar desde diferentes latitudes, perspectivas y épocas. A partir de cada una de éstas, surge, como musgo en la piedra, toda una forma de ver la vida. En este sentido, la filosofía de la educación no se acaba de definir. Cada idea, cada pensador y cultura forma parte de un mosaico que conceptualiza a la educación. No obstante, al retomar a María Zambrano, podemos argumentar que, sin importar cuándo y dónde, al hablar de la educación estamos apelando a nuestra humanidad.

Ahora bien, siempre me pregunto, ¿por qué escribir estas palabras si no necesariamente cambiarán el rumbo de la educación del mundo? Para responder a esto, es necesario preguntarse, ¿por qué escribir? Si bien he usado la voz para exponer este trabajo, las palabras están sujetas



al cuidadoso proceso de la escritura. Zambrano nos dice, “escribir viene a ser lo contrario de hablar; se habla por necesidad momentánea inmediata y al hablar nos hacemos prisioneros de lo que hemos pronunciado, mientras que en el escribir se halla liberación y perdurabilidad – sólo se encuentra liberación cuando arribamos a algo permanente” (Zambrano, 1987, p. 36). ¿Qué es eso permanente? La composición de las palabras que he dicho hasta aquí. El tiempo pasará y quizá este mismo periplo podría ordenarse de distinta forma, no obstante, el día de hoy, este fue el método que se eligió.

Por un único instante, compacto y eterno, como diría Zambrano, se ensayó con la verdad a través de la interpretación del lazo entre filosofía y educación. A primera vista, parecería ser que navegamos aguas lejanas, pero un vistazo más detenido nos permite darnos cuenta de que en la lejanía encontramos nuestro reflejo, como el cielo estrellado lo hace en el insondable océano. La filosofía es entonces la que nos acompaña en la aventura que implica ir al encuentro con el ser. En ocasiones la meta parece ser la más importante y olvidamos que el camino es lo que efectivamente nos hace ser seres humanos, lo verdaderamente educativo.

Obras consultadas

- Lizaola, J. (2008) *Lo sagrado y lo divino en el pensamiento de María Zambrano*, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM.
- *Kojiki* (1968) (Donald I. Philippi, ed y trad.). Tokyo University Press.
- Maillard, C. (1992) *La creación por la metáfora*, Anthropos.
- Rivara Kamaji, G. (2006) *Las tinieblas de la razón*, Ítaca.
- Zambrano, M. (1987) *Hacia un saber del alma*, Alianza.
- Zambrano, M. (2007) *Filosofía y educación*, (A. Casado y J. Sánchez-Gey, ed.). Editorial Ágora.
- Zambrano, M. (1990) *Los bienaventurados*, Siruela.
- Zambrano, M. (2009) *Las palabras del regreso*, Cátedra.
- Zambrano, M. (1993) Nostalgia de la tierra. *Los cuatro vientos*, (2).